

Voila París: Agitación y Debate

PARIS, (9, Nov.) — Mientras las llamas se elevan en Egipto y Hungría, París vive un inquietante momento político y espiritual. Manifestaciones y contramanifestaciones desbordan algunas calles y bulevares. La policía hace sonar su sirena en demanda de vía libre y los grupos ciudadanos debaten libremente los acontecimientos. No se oculta que el hombre de la calle contempla atemorizado la lucha interna y padece, con dramática serenidad, la terrible idea de una próxima guerra. El cronista ha llegado a esta grande y hermosa ciudad, al lado de la cual, según Malaparte, todo el resto del mundo es un suburbio, en un instante de sintomática crisis.

El drama de la hora se manifiesta en los diarios, en las páginas que la ardorosa prensa de la urbe dedica a las opiniones de la gente más representativa de la inteligencia francesa sobre la actitud de Moscú con respecto a la rebelión húngara. Días atrás, una carta de los escritores polacos al diario comunista "L' Humanité", que éste no publicó, pero que fue conocida a través del semanario "L' Express", abrió los fuegos. Los polacos reprocharon a sus correligionarios de Francia al haber adulterado las noticias sobre su patria y mentido con relación a la justa insurgencia magiar, sólo por servir a sus intereses locales.

El guante fue recibido por un grupo de intelectuales franceses, a cuya cabeza se halla Jean Paul Sartre, recientemente el más calificado pensador prosoviético, y a quien seguían gentes como Simon de Beauvoir, Vercors, Roger Vailland y algunos escritores inscritos en las filas bolcheviques. Su protesta ante el gobierno soviético reposaba en su absoluto rechazo al "empleo de cañones y tanques para reprimir la revuelta del pueblo húngaro..." Calificados progresistas, como Mauriac, notable novelista católico; Jean Wahl, destacado filósofo, Pierre Emmanuel, notable poeta, a los que seguía toda suerte de gentes del arte, las letras, la ciencia y la cultura, manifestaron su disconformidad con la línea del partido de Thorez y con los procedimientos de Moscú. El propio Aragón, la figura más alta de la intelectualidad comunista de esta parte de Europa, suscribió una reclamación colectiva del Comité Nacional de Escritores de Francia al gobierno de Budapest.

La controversia— controversia puesto que "L' Humanité" hizo caso omiso de hechos tan objetivos— no se reservó a la intelectualidad. El hombre corriente de París trasunta ahora las mismas preocupaciones que Sartre o Mauriac. En el corrillo uno grita: "Los rusos están asesinando niños del pueblo"! Y otro responde: "¿Y a quiénes estamos matando los franceses y los ingleses en Egipto?" Eso es nada menos lo que se dicen, en constante retruque, "Le Figaro", el diario conservador, y "L' Humanité" el órgano rojo. La asamblea urbana, como el Parlamento, muestra al mundo occidental confrontando un dilema hamletiano.

En este ruido, en este clima emocional, en esta agitación vital y, afortunadamente democrática, llega el cronista a París. Ello puede no ser bueno para un turista, para aquel que busca el placer que la encantadora ciudad suele ofrecer a precios de oro. Pero, en cambio, es excelente, para aquel que quiere conocer a fondo la realidad de este viejo e ilustre mundo, cuya capital, sin duda, está aquí, a orillas del Sena. Desde el mirador de un hotelito de una calle burguesa, cerca de donde Vallejo escribiera su hermosa elegía a Alfonso Silva, tal vez, sea posible tener una visión veraz y profunda de comunidad tan activa y discrepante. Si así fuera, a través de esta columna el lector de LA PRENSA la tendrá, tal como al periodista se le revele.

Sebastián Salazar Bondy